

Tío Cándido: El alcalde que evitó la sangre

Cándido Llorente Notario era el alcalde republicano de Castillo de Bayuela al declararse la Guerra Civil. Su figura y su actuación fueron claves para que nadie del pueblo fuera asesinado por el bando rival. La iglesia de Bayuela fue la única de la diócesis de Ávila que no sufrió la destrucción de la guerra.

Gracias a los preparativos de la exposición que organizamos este verano sobre la guerra civil, al cumplirse 70 años de su comienzo, recibimos valiosas pruebas documentales y testimonios directos de protagonistas de aquella terrible tragedia. Algún día habrá que organizar tan preciadas imágenes y datos históricos; por el momento, me limitaré a resaltar las dos conclusiones más claras que me quedan de la serie de entrevistas. La primera es la buena conciencia que le quedó al pueblo por haber superado aquellas turbulencias con mesura y contención, sin dejarse arrastrar por la exaltación y las presiones que tantas desgracias acarrearón, evitando así abusos, detenciones y estragos.

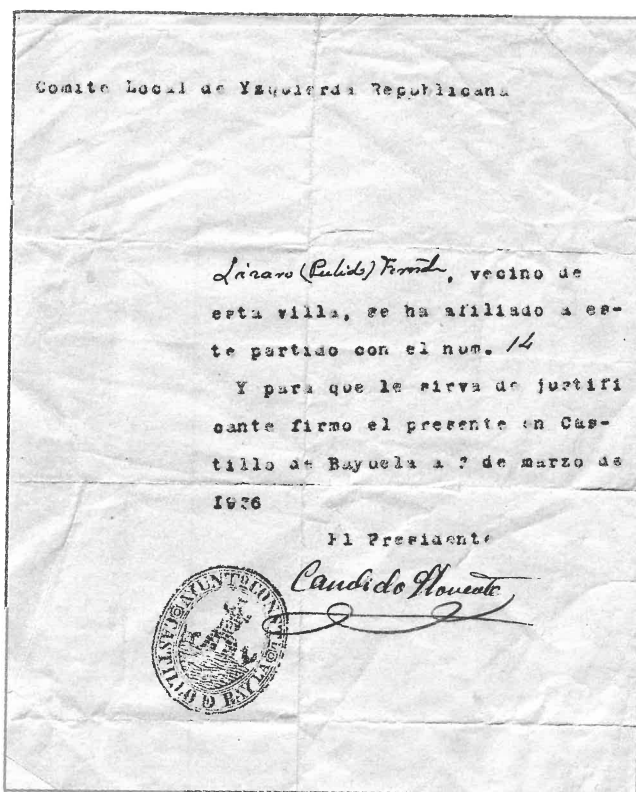
La segunda convicción es que se explica todo por la existencia de un personaje clave en aquellas circunstancias, una figura que destacó sobremediana polarizando todos los riesgos, asumiendo la máxima responsabilidad, frenando iniciativas de denuncia y brotes de violencia, dando siempre la cara en trances muy complicados.

Estoy aludiendo a Cándido Llorente Notario, el alcalde republicano. Solo estuvo unos meses en el cargo, pero le tocó dirigir la vida local en las semanas más cruciales, desde el alzamiento militar hasta la entrada de las tropas rebeldes.

Para mantener el control de una situación que se agravaba por palmos, procuró que todo pasara por sus manos. Se hizo cargo de la iglesia,



Arriba, documento de filiación de Cándido Llorente Notario, el alcalde republicano de Castillo de Bayuela cuando estalló la Guerra Civil. Debajo documento de afiliación de Yzquierda Republicana firmado pocos meses antes de la guerra por el propio Cándido Llorente.



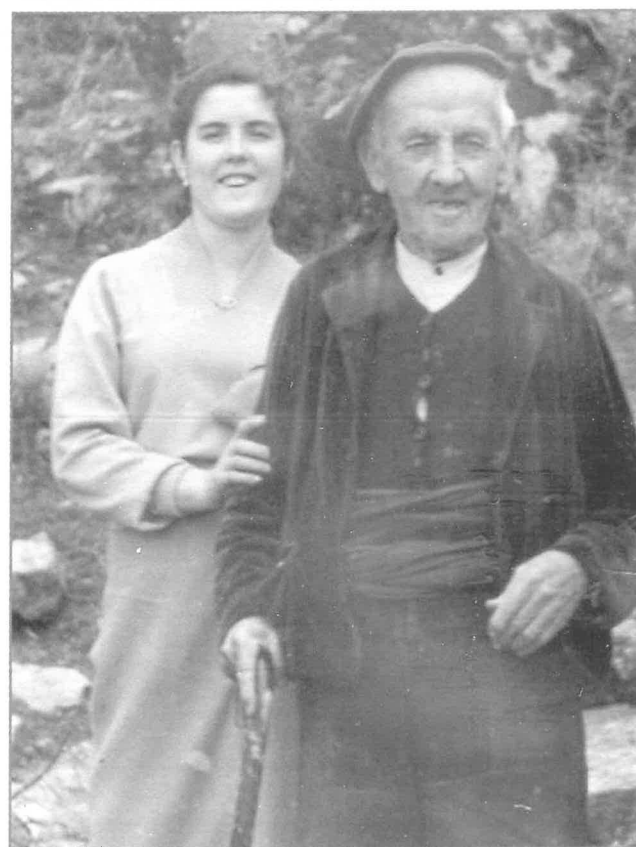
guardando todas las imágenes en la sacristía y quedándose con la llave, siendo nuestra iglesia la única de la diócesis de Ávila que mantuvo el santísimo sin interrupción, aunque no el culto.

Aquí permaneció D. Julián Rubio, el sacerdote paisano, contando con el compromiso expreso del alcalde de mantener su integridad. Cándido encargó a una hija suya que custodiara las vestimentas

del cura, comprobando cuando este fue a recuperarlas que en un bolsillo interior de la sotana había ocultado sus ahorros, siete mil pesetas. Mientras tanto Teodora, la hermana del alcalde, escondía en su huerta los vasos sagrados de la parroquia.

D. Mariano Timoneda, párroco de San Román, al verse acosado, se vino a Bayuela el día 5 de agosto en la hora de siesta, camuflándose por el cauce del arroyo. Aquella noche pernoctó en casa de tío Cándido y cenó con la familia unas sopas con torreznos. Al día siguiente, nuestro alcalde le expidió un salvoconducto y dispuso que un hijo suyo lo acompañara con una caballería hasta territorio más seguro para intentar llegar a Piedralaves, su pueblo.

El alcalde vivía pendiente de los coches que llegaban a la plaza: en cuanto sonaba un ruido de motor, se presentaba allí para comprobar si la expedición traía fines siniestros; en tal caso, la abortaba preparando en su casa suculentas meriendas, regadas con buen vino, hasta que los mensajeros



A la izquierda, tío Cándido con una nieta. A la derecha, el cura de Garciotún, Julián Rubio, entra en la plaza cantando "La blanca paloma" en 1948. Este cura salvó la vida posiblemente por la protección de tío Cándido. (Foto cedida para el libro "50 años no es nada" por Josefina Rubio). En la imagen inferior, toda la familia de Cándido Llorente posa delante de la antigua ubicación de la Cruz de los Caídos.

de la muerte se daban cuenta de que se les había hecho tarde y dejaban su encargo para otro día.

Un soldado del pueblo abandonó su unidad del frente de Aragón y otros tres desde Madrid, se vinieron al pueblo y aquí estuvieron refugiados sin que nadie les denunciara. Uno de ellos, Felipe Agüero, vive por fortuna y cuenta emocionado cómo se ocultaba y dormía en el campo, así como

la entrevista que tuvo con el tío Cándido y el profundo agradecimiento que le guarda.

Cuando entraron las tropas sublevadas en la población, nuestro personaje tuvo todavía el coraje de sentarse en el rollo a la vista de todos y entregar a los mandos militares las llaves de la iglesia, y todo esto sin que nadie le haya visto renegar de su ideología ni entonces ni en toda su larga vida. Después de haber conservado íntegra la

iglesia, vio consternado cómo el templo era invadido por el ejército franquista, que alojó a tropas regulares de África en las capillas laterales.

D. Emilio Borrajo, el general de Hinojosa, recién nombrado alcalde de Talavera, se interesó vivamente por que no se castigara al alcalde cesado de Bayuela. Su relación venía de unos años antes, cuando D. Emilio visitó el pueblo en plena campaña electoral, mien-

tras disputaba un escaño de diputado a cortes por Toledo a D. Tomás de Beruete, rico propietario de extensas dehesas cerca de Talavera. De este último decían que era un burro cargado de dinero. Unos decían "con Beruete nos vamos al garete", y otros "con Borrajo nos vamos al carajo". El caso es que Beruete quiso invitar a todo el pueblo metiendo mil pesetas en el bolsillo de Francisco Agüero, el alcalde de entonces, y este interrumpió a Borrajo en pleno mitin retirándolo del balcón del ayuntamiento. En aquel momento hubo dos vecinos que arroparon al frustrado orador y le prometieron apoyo: Juan "Churrejo" y Cándido "Riojo", de ahí venía la estima que el general sentía por el alcalde.

Con su humanitario proceder, este hombre evitó serios disgustos y dramas familiares, facilitando la labor de las nuevas autoridades nombradas por el bando vencedor, ya que el ambiente estaba pacificado y los verdaderos peligros habían sido conjurados en su momento.

Pablo Fernández

